

mesa unidos por los lazos de beneficencia y reconocimiento. « El extranjero, dice el Señor, que entre vosotros habite será como el que entre vosotros haya nacido; de la misma manera lo amareis: pues también vosotros habeis sido extranjeros en la tierra de Egipto. Yo soy el Eterno, vuestro Dios ¹..... Aun hasta á los animales, el legislador prescribía tratarlos con dulzura... Prohibe presentar en el altar la madre con el hijuelo, y matar este á los ojos de la madre. « No arrebatarás á la madre, dice, el hijuelo que está criando. No matarás al animal perseguido que se refugie suplicante en tu casa, etc. ². Jamas la cruel cuestion de tormento fué conocida en la legislacion mosáica ³. Los padres y madres debían enseñar á sus hijos los principales estatutos y ordenanzas de la legislacion, obligacion que el legislador les imponía en los términos mas enérgicos. No son menos admirables las leyes que conciernen al pudor y las que tienen por objeto la policia interior y la agricultura. Mas solo la lectura completa del Código divino puede dar una idea de la alta sabiduría é inspiracion divina que ha animado al legislador.

¹ Levítico.

² Deuteronomio.

³ Ib.

CAPITULO XVII.

De la vida futura.

La inmortalidad del alma, la vida futura y el modo de esta misteriosa existencia de que el Creador ha dado el presentimiento á los hombres y se ha guardado el secreto, son sin duda alguna las mas altas cuestiones que pueden ofrecerse á nuestras meditaciones y ejercer las fuerzas de nuestra inteligencia. Todas las ha decidido la fe cristiana. En los ánimos que alumbra la divina luz del Evangelio, no existe acerca de estos puntos incertidumbre ni la menor sombra de una duda. Mas puede asegurarse, hasta cierto punto, que independientemente de las pruebas contenidas en las sagradas Escrituras, los solos esfuerzos de nuestra razon bastarian para convencernos que el fin del hombre no se limita á este triste y corto pasage sobre la tierra. Si escuchamos con atencion los instintos secretos que Dios ha puesto en nosotros mismos, si nos esforzamos en separar estos instintos de la fuerza corruptriz, de las pasiones y de los intereses terrestres, llegaremos á conocer que la voz divina, que en la Escritura se manifiesta, responde maravillosamente á esta voz íntima que nos habla también en lo mas profundo de nuestra conciencia y de nuestro espíritu, en términos que se puede decir de la revelacion que hace evidente y muestra, por decirlo así, esteriormente lo

que dentro de nosotros mismos estaba oculto, y que semejante á la milagrosa vara de Moisés, hiriendo nuestra inteligencia endurecida y rebelde, hace brotar el manantial de la fe que antes, si bien con nuestro conocimiento, en ella se encerraba.

Para no salir fuera del objeto que nos ocupa veamos si por el simple examen de los hechos que nos rodean, y de los fenómenos intelectuales que en nuestro interior se pasan, será posible llegar á la demostracion satisfactoria de la realidad de otra existencia despues de la presente.

Lo primero que hace impresion en nuestra atencion cuando se medita en este asunto es su caracter general de universalidad, y lo que es universal viene de Dios. Por toda la superficie de la tierra está esparcida la creencia de una vida futura, ¿Cómo hubieran podido adquirirla pueblos tan diversos y tan separados los unos de los otros, si la misma mano de Dios no la hubiera puesto en sus corazones? Todos los grandes sentimientos que agitan al alma humana, todos los poderosos instintos que nos conducen, son semejantes en las naciones mas opuestas en costumbres y en civilizacion. El sentimiento interior que nos revela una vida futura se encuentra tanto en el hombre salvaje como en el civilizado, y por consiguiente es indudable que este sentimiento, este instinto, está fijo de un modo invencible á nuestra naturaleza, y forma una de las condiciones indispensables de nuestro ser moral.

Ahora bien, no es posible creer que Dios que nada ha hecho en vano, que Dios que ha dado un fin real y determinado á todas las tendencias del al-

ma, haya grabado tan profunda y universalmente en la conciencia humana, el deseo y la esperanza de otra vida mejor, sin tener la intencion de dárnosla. ¡Qué! no hay una fibra en mi cuerpo, no hay una sensacion en mi alma que no se dirija á un fin determinado, que no tenga un objeto, que no tenga un resultado, y de todos mis instintos el mas urgente, el mas dominante, el mas importante, el mas universal seria ilusorio, quimérico y á nada conduciria; este instinto, este deseo vehemente, esta esperanza, este dulce presentimiento hubiera sido dado sin que la Providencia hubiese fijado en él interés ni sentido alguno?

¡Ah! si eso fuese cierto, la suerte del último de los animales seria preferible á la suerte del hombre. Cada uno de nosotros podria envidiar con motivo la suerte de esos animales de que parece ser rey. Nuestras penas verdaderas en este mundo residen en nuestro espíritu, y si no hubiese para nuestro espíritu otra vida donde pueda hallar compensacion á tantos males que sufre en la tierra, ¿por qué nos ha sido dado el don funesto de la inteligencia? El leon salvaje, el tigre sediento de sangre, el oso, la pantera estos feroces habitantes del desierto, recorren con libertad y sin inquietud las soledades en que habitan; como nosotros tal vez gozan, y tal vez mas que nosotros, del aspecto de la belleza de la luz, de la influencia benéfica del aire, de las aromáticas emanaciones de los campos y de los bosques; despues de haber hallado su presa se reposan y duermen en una calma profunda; su vida, enteramente material, carece de deseo punzante y de

inquietud ; el placer que reciben por sus sentidos no lo amarga la reflexion que los acompaña y el asco y fastidio que los sigue. ¡Cuan diferente es la condicion humana ! ¿Donde podremos encontrar un placer que no enturbien el temor y el remordimiento ? Parece que la razon, este distintivo de nuestra naturaleza, nos ha sido dado para sufrir. Si los servicios que nos hace se limitasen á esta vida terrestre, ¿no seria preferible la existencia del irracional ?

La imaginacion á veces se complace en volar sobre las alas de esas aves tan ligeras, tan incautas, tan alegres, que viven entre las flores, la luz, el perfume y el rocío, que prorumpen en cantos tan placenteros al empezar el dia, y que saludan al sol en su ocaso. Su imperio es el espacio, la vasta extension del aire les pertenece, cambian de clima cuando quieren, y van por todas partes segun les dicta su fantasia. Viageros sin límites y sin fatiga, visitan las comarcas mas lejanas, y guiados por su instinto infalible, hallan siempre la primavera en la tierra en que se reposan. El hombre vive como esclavo, encarcelado en una ciudad, en un campo, en una casa, sin conocer del mundo poco mas del lugar de su cuna y sepulcro.

Monarca del universo, desconoce la mayor parte de sus estados ; la inconmensurable region del aire pertenece á las aves, y las aguas profundas y los vastos mares están poblados de maravillas que jamas ha visto el ojo humano ; ¡y quien puede decir los deleites materiales de estos innumerables seres que reconocen los abismos del océano ! ¡y qué es-

pectáculo variado, curioso y sin cesar renaciente, despliega á sus ojos la inagotable prodigalidad de la naturaleza !

Así de cualquier parte que volvamos los ojos, nos convencemos que, en la parte material, el hombre ha sido dotado menos favorablemente que el resto de los animales. Para luchar contra tantas desventajas físicas, tiene el poder de la razon y de la perfectibilidad intelectual ; mas sepárese tan precioso don de la esperanza de emplearlo en la otra vida, y dígase en qué contribuye á volvernos mas dichosos en esta.

¿Qué hemos venido á hacer ? ¿A qué obra trabajamos ? Algunos pensadores modernos han dado una estraña solucion á este problema. Hombres, han dicho, sois inmortales ; sí, la voz interior que os habla de otra vida no os engaña. Sois inmortales, no como individuos, sino como fracciones imperceptibles de este gran todo que se llama humanidad. La existencia futura que teneis prometida, no es la vuestra individualmente, sino la existencia eterna de la especie á que pertenecéis, á su divina perfeccion se dirige el trabajo y la obra de toda vuestra vida.

Segun este sistema, Dios, indiferente á la suerte de los simples individuos, ve pasar delante de sí las generaciones que se suceden sobre la tierra, para traer sucesivamente una piedra á este grande edificio de la perfeccion humana. Los hombres, obreros que jamas verán la obra acabada ni reciben salario alguno, los hombres desaparecen, pero la humanidad subsiste y los hombres renacen. ¿Re-

nacen? Pero ¿qué me importa, y de qué precio puede serme una existencia, si he perdido toda conciencia de mi ser, y si nada mio subsiste en este mundo inconcebible de inmortalidad? Si los hombres no son mas que olas pasajeras que, por un momento, se elevan sobre la superficie de esta mar inmensa que se llama género humano, para caer y confundirse con la masa entera de sus aguas, ¿de qué sirve hablarles de otra cosa que no sea la nada, el olvido, y en fin esta completa destruccion contra la cual se rebelan todos los instintos de su naturaleza? No, no es esta la especie de inmortalidad que nos promete nuestra razon, la cual, al mismo tiempo, nos persuade que no obra así el Creador. Dios no necesita los esfuerzos miserables de la humanidad para cumplir su obra. Si hubiese querido, la humanidad hubiera salido de sus manos tan perfecta, como hubiera podido volverla el trabajo de muchos siglos; por consiguiente, el movimiento que en el mundo se opera no ha sido decretado por la suprema voluntad, únicamente con la mira del progreso sucesivo de la humanidad, pues en la mano omnipotente del Creador tanto pesa el mundo como la humanidad. No, Dios no ha querido que el trabajo que sus criaturas cumpliesen en la tierra, que este trabajo, regado de sudor y lágrimas, fuese esteril para aquel á quien fué asignado; no, la virtud, el genio, las puras y nobles facultades del alma, no nos han sido dadas como instrumentos que será necesario volver á otros cuando esté concluida la faena del dia. Dios no despedirá sus obreros sin llamarlos á sí, como

el padre de familia de la Santa Escritura, y sin arreglar con ellos la cuenta del bien ó del mal que hayan hecho. Tal es lo que está escrito en el fondo de la conciencia del género humano, tal es lo que unánimemente proclaman la voz y la razon de todos los pueblos del orbe.

Hemos visto que, bajo el aspecto de ventajas materiales, el hombre es inferior á los animales. En efecto, no tiene la fuerza de estos, ni su agilidad; al mismo tiempo no está dotado de las propiedades físicas que le permiten cambiar siempre que quiera de voluntad, recorrer grandes distancias, y refrescar, por decirlo así, las sensaciones, por el continuo cambio de los objetos. Ademas el hombre carece de defensa natural y de resguardo para las intemperies de las estaciones; tiene necesidad de trabajo para vivir, para vestirse y alojarse; y hasta en sus enfermedades, la naturaleza le ha negado el instinto que ha concedido á los animales, y que les sirve á conocer la planta ó yerba saludable que puede restablecerlos. En todo esto, ¿qué otra cosa hace la naturaleza, sino repetir al hombre cada dia y á cada instante lo que el Salvador decia de sí mismo: « Mi reino no es de este mundo, » y lo que la palabra de Dios nos da á entender tantas veces y de tantas maneras en las sagradas páginas, que este mundo es un desierto, un lugar de tránsito, y que no está en él nuestra patria? Cualquiera que reflexione en la perfeccion de las obras de Dios, esta organizacion incompleta é insuficiente bajo el aspecto material, coincidiendo con tantas otras ventajas que constituyen al hombre el monarca de los

animales, es un indicio sorprendente y milagroso de que el hombre se halla transitorio en este mundo, y que el Omnipotente lo ha destinado para un mundo mejor. El animal es completo y armónico en sí mismo; su instinto no escede los límites de su poder orgánico; fácilmente se conoce que nada le sobra ni nada le falta; su cuerpo obedece á su instinto con el cual se armoniza completamente. Pero, al contrario, como rebosa é inunda en el hombre la vida intelectual. En vano quiere reposarse el cuerpo, el alma que vela le atormenta y le obliga á sostenerse.

Así el alma tiraniza al cuerpo. Si con él debiera fenecer, seria mucho mas benigna para con él, seria su amigo y compañera; á la hora del sueño y del olvido permanecería tranquila, y sus agitaciones no nos impedirían cerrar los párpados. Pero entonces es, al contrario, cuando evoca los remordimientos y las imágenes de las acciones culpables; y cuando se suspende la vida corporal, la suya empieza. Tal como saldrá del sepulcro, despues de la muerte, tal sale en nuestra vida terrestre de la sombra y del silencio de la noche. Hay una lucha, un antagonismo incesante entre nuestras dos naturalezas; bien se echa de ver que no pueden reconciliarse en este mundo, y la superioridad que se nota en la parte superior de nuestro ser, cuando todo convida al reposo es un aviso vago y sin embargo comprensible de la ventaja final que debe quedar á esta última, cuando llegará el momento de su separacion.

Otra prueba que se puede alegar, y tal vez la

mas convincente para los ánimos indiferentes, es la triste suerte reservada en este mundo á la parte del hombre mas elevada, mas pura y mas digna del cielo, ¡el genio y la virtud! ¡El genio! casi siempre desconocido, á veces perseguido, objeto constante de odio y envidia, ¿qué objeto de dicha puede ser para el que lo posee? ¿Cual es el hombre que no haya llevado como una carga este brillante atributo, este raro privilegio de admirar á sus semejantes por la fuerza y hermosura de sus producciones? ¿Cual es el hombre de genio que no haya apelado cien veces á la posteridad contra la injusticia é ingratitud de sus contemporáneos? Y la posteridad, ¿qué quiere decir ese nombre sino el eco ó el retumbo que hasta nosotros debe llegar despues de la muerte de la admiracion escitada por las obras producidas durante nuestra vida? Esta idea de la posteridad es uno de los gritos instintivos que nos advierten la existencia de una vida futura. Si todo feneciese en nosotros, ¿por qué nos inquietaríamos de la opinion ajena, y por qué nos esforzaríamos en dejar una memoria ilustre? Pero, sin darnos cuenta á nosotros mismos, tenemos el presentimiento que llegará el dia en que de un mundo mas dichoso echaremos la vista sobre el presente, y que veremos reparadas la injusticia y el olvido. ¿No sucede lo mismo con respecto á la virtud? ¿Es acaso mas dichosa su suerte en este mundo? Condenada por sí misma á las privaciones, á los laboriosos cuidados de la caridad, espuesta á ser calumniada, diremos acaso que ha sido criada para habitar este mundo en que le esperan tantas ace-

chanzas, tantos lazos, tantos peligros, y en el que ni aun siquiera es comprendida? ¡Ah! si tal como es, se mostrase á nuestros ojos, su hermosura nos arrebatara, pero, como las mugeres del Oriente, marcha cubierta de su modestia como de un largo velo, sin que puedan contemplar su rostro las miradas humanas.

Si los vicios debiesen quedar siempre triunfantes, si la perversidad y la corrupcion debiesen contar con la impunidad, y combatir ventajosamente á la virtud, destruido quedaria el conjunto maravilloso de la creacion; y al paso que las leyes mas sabias y admirables, y la más sublime armonía regirían el mundo material, el mundo moral seria víctima de una horrible anarquía y nos presentaria el espectáculo desordenado y completamente ageno del Criador.

Mas no es así, todo nos persuade que esta tierra es un lugar de tránsito y de destierro, y que nuestras almas, purificadas por el dolor y el arrepentimiento, deben volar al cielo y habitar esas magníficas regiones, cuyo esplendor nos deslumbra al través de la eternidad que de ellas nos separa; pensamiento que debe hacernos desear ver multiplicarse los abrojos y espinas del camino que debe conducirnos á esta divina Jerusalem.

CAPITULO XVIII.

De las virtudes cristianas.

Un corazon sensible, un natural dichoso dan la cualidad preciosa que conocemos bajo el nombre de *bondad*, pero solo la razon y la reflexion pueden producir la *virtud*. Para ser bueno no se necesitan trabajos, ni discernimiento, ni luces; un niño de diez años puede tener tanta como un hombre de cuarenta, mientras que al contrario, la virtud no se adquiere, sino á fuerza de privaciones y sacrificios. La virtud se adquiere, la bondad es un don de la naturaleza. Así con mucha bondad un hombre puede divagar y cometer faltas; el hombre bueno es interesante, el hombre virtuoso es estimable, pues para ser virtuoso se necesita luchar y combatir sus inclinaciones, y triunfar de sí mismo, ¿cuales son las causas que determinan á los impíos á seguir la virtud? El temor del mal concepto, el deseo de ser honrado, el amor de la gloria, estos sentimientos producirán acciones brillantes, hazañas que deslumbrarán, pero jamas comunicarán aquella delicadeza, aquella pureza del alma, que solo pertenecen al hombre religioso. Las pasiones humanas se debilitan con la edad, el tiempo las embota y las destruye: ¡Cuan frágiles son las virtudes, si tal merecen llamarse, las que proceden de las pasiones! Semejantes á las flores del campo que una tempe-